

habíala sorprendido en la exaltación de la música, después de la exaltación de la poesía y del vivo relato, en el que había puesto lo más vivo de su imaginación. Fué á manera de un parasismo nervioso, y perdiendo la tranquilidad, saltó impetuosa, cubrióse la faz y se fué á su estancia, diciendo:—Perdonadme; me siento desfallecer.

## LXXII.

## LA IRA DEL CORDERO.

Cuál quedaron en la sala por tan extraño incidente, no es posible describirlo. ¿Por qué aquel semblante, sereno siempre como el íris, que nunca veían encrespado por el menor soplo de la pasión, cubriase de repente con una nube tan tenebrosa? ¿Por qué aquel labio que de continuo sonreía torcíase por las convulsiones? ¿Por qué aquel enmudecer, aquel agitarse, aquel encenderse, aquel llanto tan impetuoso al par que abundante? Esto formaba un fenómeno extravagante, misterioso y terri-



ble, sobre todo en el salón de la Needle, donde hacía reinar Julia las alegres pláticas, las conversaciones gozosas y los delicados placeres del canto unidos á las armonías del piano. La protestante y sus hijos mirábanse aterrorizados y como heridos por el rayo.

Fué cosa, empero, de pocos instantes. Mistress Ana, recobrándose pronto de la primera estupefacción, dijo:—¿Tendrá un ataque de nervios....? Voy á ver qué le pasa.—Levantóse y corrió al cuarto de Julia; sus hijas detrás. John se retiró á filosofar en su departamento acerca del caso. Mistress Needle no llamó, empujando un poco la puerta; las niñas, impacientes, abriéronla de par en par, y no viendo á nadie, penetraron en la alcoba, donde vieron á la joven abandonada en un sillón, cerca del reclinatorio, y deshecha en lágrimas inagotables. La señora se detuvo en pie delante de la llorosa; pero las pequeñas se pusieron en torno de su cara maestra: cogiendo su mano, y alisando su cabello, le decían enternecidas, con la mayor ternura:—¿Por qué lloras, Julia....? ¿Hémoste ofendido, por ventura, pues dejas de mirarnos?

—No, queridas, respondió Julia cobrando fuerzas; lloro solamente por quereros bien. Vamos, dejad que me tranquilice un poco: harto lo necesito.—Y, haciéndoles una caricia, las despidió.

No fué tan fácil desentenderse de su madre, la cual, tomando una silla, sentóse delante, á fin de sacar la luz del arcano aquél de angustias inexplicables, y conseguir que se sosegara la joven.—Vamos, le dijo: alienta un poco y tranquilízate; después hablaremos.

—Nada tengo que decir, sino necesidad, verdadera necesidad, de gemir y de levantar el corazón.

—¿Levantarlo de qué? No alcanzo nada; no veo la razón de tus gemidos y desolaciones....¿Por aquella palabrita que te dijo Clemencia? Verdaderamente no hay razón.

—No me aflige la palabra.... dejad que descanse un poco: la cabeza se me va....—

La mujer amorosa, imitando los modos y maneras de Julia cuando por la joven era consolada, no se apartó de su propósito; acercósele más, y estrechándole las manos:—Ea, Julia mía, habla con tu madre; tú sabes cuánto te quiero....¿qué te



ha sucedido en el salón? Aquella indiscreta palabra . . . ?

—Aquella palabra, siguió Julia interrumpiéndola con un gemido, no fué una palabra; fué la gota que hizo rebosar el vaso.

—¡Oh! ¿Tienes, pues, algo contra nosotros? Nunca lo hubiera pensado. Habla, desahógate: cosa que yo pueda remediar . . .

—No quisiérais.

—Me ofendes, Julia mía. Pruébalo, dí-melo todo, y lo verás.—

Julia, bien que oprimida, vió en las frases afectuosas de la señora una coyuntura para tratar de una vez con toda claridad la gran cuestión que la tenía tan triste; habiendo cobrado alientos, dijo claramente: —Hace tres meses que volvimos de Italia, y desde entonces no tengo un instante de paz . . .

—¿Hay aquí alguno que te lastime y ofenda . . . ? ¡En mi casa!

—Sois vos . . .

—¿Yo? ¿Yo?

—Sí, vos, mistress Ana, y el señor John, y vuestras hijas, que . . .

—¡Imposible! Estás en un error, amada

mía: todos te queremos en el alma, y te respetamos.—

Añadió Julia, con semblante menos turbio y tono más firme:—Sin embargo, sois para mí la causa de que se desgarré de continuo mi corazón. Desde que me recogisteis poco menos que de la calle en vuestros brazos, os he mirado con afecto, la gratitud y el amor de una hija . . . ; y más ardiente aún, si es posible.

—Tú sabes, dijo la señora interrumpiéndola dulcemente, si hemos correspondido.

—Sí: más en vos, ¿de qué sirve disimularlo? amo el alma; amo el alma del señor John y las candidas de vuestras hijas; os amo con verdadero amor, y me horripila el pensamiento de tener que contemplar á mi bienhechora; que es mi segunda madre, separada de mí.

—Pero . . . ¿Quién te separa?

—Sin embargo, continuó la joven sin contestar á la pregunta, así será: os obstináis en el error; el señor John intenta cambiar una herejía con otra (aún ignoraba la última resolución del joven, y lo creía entusiasmado por él *puseísmo*), y conducir, cual ovejas vendadas, al matadero á vuestras hijas, que aceptarían con placer la luz de la verdad. . . ¿Quién sabe? Estare-



mos acaso unidas algunos años. ¡Y después. . . ! ¡eternamente separadas!

—¡Qué fantasías! exclamó la Needle: ¿qué nuevas imaginaciones te dominan, mi pobre Julia! ¿No recuerdas lo que me dijiste tú en los primeros días, esto es, que, según tu propia Iglesia, no están fuera de la vía de la salvación los protestantes de buena fé?

Julia, manifestando al fin el fondo de su zozobra:—¡Vos dejásteis de tener esa buena fé! Sino tanto, pasais los días turbada, con el espíritu combatido por cien dudas, sin haberlas examinado nunca; cerrais los ojos á la luz con que os irradia el Señor, obstinándoos contra la gracia, que piadosamente os persigue.—

Jamás había oído mistress Needle tan atroz reproche, ni de reprocharla creía capaz á la mansa corderita de Nápoles, ni á ninguna persona de la tierra: estuvo por llamarse agraviada. El ojo agudo de la jóven, que hablando penetraba en su interior, leía los más hondos arcanos de su espíritu, y le revelaba una verdad que con frecuencia sentía remorderle mucho la conciencia, negándose, con todo, á escucharla: faltóle atrevimiento para mentirse á sí propia, y respondió conturbada: —¡Oh!

¿Quién te descubre tales secretos que ni aun yo sabría. . . ? Me parece. . .

—Los leí en vuestra frente muchas veces; los leí el día en que orásteis prosternada en la gruta de Lourdes. Al levantarnos estábais trasfigurada. Entónces comenzó la lucha más cruel entre la verdad y la mentira.

—Sí, confesó la señora casi temblando; en Lourdes sentí alguna cosa; mas ¿qué quieres? Con el tiempo. . .

—Erais entónces acaso más que medio católica; con el tiempo procurásteis con ahínco tornar ál ser protestante del todo. Sin embargo, no era la razón lo que os hacía retroceder. Vuestra razón no pudo dejar de conocer la luz, cada día más luminosa, en todas las circunstancias del viaje, que preparó el Señor tan felizmente. A pesar vuestro, debísteis muchas veces palpar con la mano que vuestras preocupaciones contra la Iglesia romana sólo eran malas inteligencias; vísteis, bien que la mala voluntad, la obra de la gracia en el corazón de vuestro hijo, leyendo su abjuración escrita en sus papeles, y pesando sus motivos incontrastables; contemplásteis con vuestros ojos el triunfo de la fe y de la razón en un *correligionario* vuestro, ó sea en



Smith; oísteis casi hablar á Dios en el milagro de Lourdes... y acaso recibísteis muchas otras sacudidas, que sólo vos recordais, y de las cuales debereis rendir cuentas al Omnipotente...

—Es verdad, confesó mucho más asustada la Needle por el exámen terrible de conciencia que le acababa de hacer, y que no podía negar: es cierto; he tenido instantes de perplejidad: tú misma me diste hoy un espolazo con tu relación del concilio: ¿crees que no lo advertí? mas todo esto no apagó mi predilección á mi iglesia nativa.

—Sin embargo, replicó Julia sin miramientos: ¿qué más podía Dios hacer para desengañaros relativamente á la iglesia? Lo veis con vuestros ojos; es solamente una de las cien ó mil sectas protestantes, una de las cien ó mil apostasías contra la Religión cristiana, que se llaman luteranismo, calvinismo, metodismo, *cuáquerismo*, etc. ¿Podeis concederle algún valor sobre las innumerables sectas hermanas, que también despreciais? ¿Podeis negaros á vos misma que es profundamente lacerada en sí propia y en las cosas más esenciales por la facción *puseísta*? ¿Que el episcopado y su clero son una sociedad de seglares que

usurpan el sacerdocio? Reconoceis á una mujer como jefe supremo de la Iglesia, é hicísteis recitar en el templo su bula, como legislación soberana. ¿Cómo podeis, pues, haceros la ilusión de que es la Iglesia que Jesucristo fundó sobre San Pedro? Do quiera que volvisteis los ojos á vuestro alrededor, fuera de la Iglesia católica, sólo hallásteis las ruinas de la torre de Babel. Esperábais hallar vivo y puro el espíritu protestante en los valles Valdenses, pero solo vísteis las discordias domésticas, y en toda Italia las sectas contrarias enemigas del Valdismo. En Florencia, donde el protestantismo se metió ayer, vísteis reinar la confusión hasta en las inscripciones en sus templos: aquí la iglesia anglicana episcopal, allá la escocesa, en otra parte la americana libre, la episcopal, la luterana ó la evangélica prusiana; hay también la *cuákera*, la *plimutista*, y la cristiana libre, ó evangélica italiana, que nació para oponerse á todas las demás. ¿No vísteis por vos misma que todas están separadas del gran tronco de Roma, y son pedazos del edificio fundado por el Hombre-Dios? Vuestro mismo celo religioso puso en vuestra mano los documentos sobre la miserable corrupción nacida del empeño de interpretar cada uno



la Biblia; al hacer el proceso contra el ministro Bird, debísteis notar el hedor de todas las llagas, llenas de podre, de las iglesias del libre amor, del *agapemonismo*, del *mormonismo*, del *jumperismo*, del *barkerismo* y del *jerkerismo*. Conducida así de la mano á tener que medir, contra vuestro gusto, el decaimiento del protestantismo y la inmoble majestad del Catolicismo, advertísteis ó debísteis advertir que á vuestro alrededor todo cae, y que la única salida es refugiarnos en el seguro de la Casa de Jesucristo. ¿Es posible que jamás hayáis reconocido vuestro error, ni dudado, ni concebido grandes sospechas? No, no lo es; poned una mano en el corazón, y oíreis las palpitaciones del secreto terror, propio del que vive sin buena fe. Tal es el germen de la perdición. . . . ¡Ah, mistress Ana! ¡Cuán amargo es, cuando se ama como amo yo, deber decir: "¡Nos separaremos. . . y nos odiamos eternamente!"

Es incontrastable la fuerza de la verdad, y afirmábalo Julia todo, con su desnudez resplandeciente. Cada capítulo de su terrible acusación descendía como un cuchillo al alma de la pietista protestante, no desleal hasta el punto de oponerse á la verdad con abierta rebelión. Callaba la infe-

liz mujer, como una culpable convencida de su delito. Y Julia, viendo bien que había llegado el momento de amenazar útilmente, añadió:—La primera lucha contra la verdad puede nacer de timidez, aprensión vana, ó debilidad; no es siempre culpa inexcusable: más hacer el sordo al llamamiento de Dios, cuando fuerzan las dudas á inquirir, y mucho más cuando las dudas se desvanecen para dar sitio á la persuasión contraria, es cometer el gran pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona en esta vida ni en la futura.

—¿Quién te dice, respondió dominada de terror mistress Needle, que soy tan perversa? No me creías tal. . . . ¡Y ahora!

—Ahora. . . . ¡ah, mi buena madre! exclamó Julia volviendo á su mansedumbre acostumbrada, ahora temo mucho que hayáis perdido la buena fé: poneis en peligro vuestra salvación.

—¿Me considera, pues, una malvada? ¿Una enemiga de Dios?

—El día, respondió Julia, en que la luz del Señor brille á vuestros ojos clara, y los cerreis, juzgaos vos: no puedo juzgaros yo. Únicamente Dios es juez de las conciencias, juez inflexible que no se aplaca con excusas tardías. En cuanto á mí, os ab-



suelvo: sois siempre mi bienhechora y mi madre.—Al decir esto, echó sus brazos al cuello de la Needle, apretándola contra su seno. Resplandecía en su mirada el efecto filial, la súplica, la compasion y el terror de verla perdida. Más dijo Julia con aquel acto improviso, que lo que dijera con sus muchas palabras. A mistress Needle le caían las lágrimas. Salió del cuarto de su dama de compañía, cabizbaja, como una criatura reprendida por su maestra, y más aún con el aspecto de nua sentenciada. Había pasado la tormenta del corazón de Julia al espíritu de la señora.

## LXXIII

## UNA HORA DE REMORDIMIENTO.

Mistress Needle tenía un alma naturalmente recta. Su buena índole natural había sido cultivada por una severa educación maternal, y por las enseñanzas religiosas de Miss Mary, la cual, si bien odiaba implacablemente al *papismo*, en materia de máximas morales había sido rigurosa sobre todo encarecimiento. Así la pía matrona llegó á la edad que tenía entónces acompañada siempre de una vida ejemplar y honesta; por voluntario estudio de virtud temía á Dios con toda sinceridad.